

Lucano: un recorrido por la magia y el trasmundo

Sergio Capurro
Educación Secundaria

En “La Divina Comedia”, Canto IV del Infierno, se narra el encuentro del protagonista con cuatro de los más grandes poetas de la Antigüedad. El grupo es presidido por Homero, comparado con un águila, y forman tan destacado núcleo; Horacio, Ovidio y el tercero es precisamente, Lucano (39-65 dC). Es interesante reflexionar sobre la presencia del autor de “Farsalia” en tan selecto grupo. Deberíamos intentar una aproximación a su figura y a la posible relación de ambos autores.

Tradicionalmente, Lucano fue visto como un historiador; encargado principalmente de narrar, en el único poema de su autoría que ha llegado a nosotros, la guerra civil entre Pompeyo y Julio César que azotó a Roma y de la cual veremos, como resultado de las mismas, el fin de la República y el comienzo de una nueva forma de gobierno que desembocará en el principado. Sin embargo la figura de Lucano trasciende la de un mero cronista en verso de sucesos históricos para ascender, sin duda alguna, a la categoría de un poeta de gran vigor expresivo y exquisita solvencia narrativa.

La verosimilitud de la narración lucana es uno de los primeros aspectos que debemos de tomar en cuenta para explorar esa relación que existiría entre ambos poetas. Lucano no escatima esfuerzos en detalles de las batallas ni en describir actitudes heroicas de los participantes y tampoco elimina completamente de su narración los aspectos sobre las creencias divinas ni sobrenaturales. No podría ser de otro modo pues la vida, acontecimientos y conflictos en todas las épocas siempre estuvo signado por una fuerte presencia de lo sobrenatural.

Hace mucho tiempo que se viene marcando la particular concepción que Dante le imprime al Infierno en “La Divina Comedia”. Francisco de Sanctis, en su ya conocido ensayo “Las grandes figuras poéticas de la Divina Comedia”, establece “...el mundo del más allá es un medio, una ocasión y casi un arma, de la que se habría valido el poeta para conculcar a sus adversarios; encierran así la inmensidad y lo poético de la concepción y en la prosa de una finalidad política, llevando la exageración hasta considerar al otro mundo como un velo alegórico de éste.” (De Sanctis, 1945; p101). Esta particular lectura del Infierno dantesco abre la posibilidad de explorar el trasmundo como una idea exagerada o sobredimensionada del mundo terrestre; es decir se concibe el más allá a partir de la experiencia que se ha recogido en nuestro

paso por la tierra y se lo proyecta en un plano sobrenatural, cargado de exageraciones que remarcan los conflictos o pecados que ha cometido el alma durante su vida.

Desde este punto de vista, el Infierno dantesco adquiera la clave alegórica que siempre se ha señalado pero sin dejar de mantener una base de verosimilitud. El Infierno, no difiere del mundo sensible, sólo nos recuerda su procedencia. Sin duda alguna, consideraciones como estas deben de haber influenciado a Dante a la hora de trabajar su poema y, también, es un elemento más que lo acerca a la poética de Lucano. Hay que resaltar que ambos poetas dialogan entre sí por ser, justamente, grandes poetas; y si bien media más de doce siglos entre ambas vidas, los contextos históricos adquieren siempre una gran significancia; sobre todo cuando la calidad narrativa lleva al poeta más joven a encontrar similitudes en el antecesor que le sirve como espejo.

Las circunstancias de vida e históricas nunca son iguales, pero cuando en la lectura de mi antecesor, reconozco mi propio tiempo y existencia, las diferencias se borran y pasa a gobernar la poesía. Se puede trazar una línea que vaya desde lo narrado por un autor que me precedió a lo que yo narro o intento narrar. Mi época se vuelve parecida, las vicisitudes que a ambos nos tocó enfrentar, se asemejan en mucho y, desde luego, mi estilo literario va a encontrar un referente en donde apoyarse; por más que nos separen las creencias religiosas y las circunstancias políticas.

Sin duda alguna, estos deben ser los pilares básicos para comprender esta relación entre Lucano y Dante, y puede explicar por qué el florentino lo colocó en tan selecto grupo de escritores.

Adentrándonos más al tema que nos convoca, debemos analizar qué relación con respecto al trasmundo se establece entre “La Divina Comedia” y “Farsalia”. Lo primero es reconocer que Lucano realiza un abordaje muy particular de este punto. En el Libro VI de su obra, en una pausa del conflicto, narra que Sexto “vástago indigno de un padre como Magno, y que muy pronto, vagando cual desterrado por las aguas de Escila, mancilló, pirata siciliano, los triunfos marítimos de su padre.” (Luca, Fars, VI, 420), decide consultar a una maga para conocer el incierto destino de la guerra. Por lo tanto, el contacto con lo sobrenatural comienza con un acto de traición que se va a agravar con la consulta a un personaje cuyas prácticas son ajenas al mundo romano, “...Él conocía las prácticas de los crueles magos desterrados por los dioses celestes, las aras entristecidas por los ritos fúnebres, la creencia en las sombras y en Dite, y estaba convencido el insensato de que los inmortales sabían poco” (Luca, Fars, VI, 430 y ss.).

Esa traición no hace otra cosa que profundizarse a medida que el episodio se va desarrollando. Lucano presenta a Ericto, la maga, que, mediante sus malas artes, será la encargada de darle a conocer un futuro que no cumple con las expectativas del personaje y que su sola

presencia ya marca una fuerte alteración del mundo sensible, "...Ellas primeramente hacen descender a los astros del cielo veloz. La luna serena, constreñida por sus crueles bebedizos empalidece y se abraza en fuegos sombríos y terrestres (...).Por donde pasa deja abrasadas las simientes de una fecunda mies y con su aliento infecta las auras que no eran mortíferas." (Luca, *Fars*, VI, 500, ss).

Es esta alteración la que provoca la noción de trasmundo. Lucano no presenta ningún pasaje a otro plano de la realidad, no hay descenso, ni barrera geográfica que se deba trasponer para enfrentarse a tan terrible personaje y el contexto que lo rodea. Sólo con avanzar en busca de ella es cuando nos encontramos con un trasmundo sumamente aterrador que presagia un desenlace nada alentador. Mundo y trasmundo, en esta obra, comparten un mismo espacio, aquello que marca el pasaje de uno al otro es simplemente la actuación de los personajes.

Para esta concepción poética, las actitudes de lo humano marcan el desenlace de los acontecimientos. No hay en Lucano, tampoco, una preocupación muy marcada por las creencias religiosas de su tiempo; mucho menos por las prácticas de los magos y hechiceros cuyas actividades siempre resultaron sospechosas en el mundo romano, "...Que los caldeos, los magos y los demás que el vulgo llama maléficis por la magnitud de sus crímenes, no maquinen nada en este sentido. Que se les calle para siempre a todos la curiosidad de adivinar.", había sentenciado Constancio en el año 357 dC (Gil, 1985; p 271), pero que las distancias ya se pueden percibir en poetas como Horacio, en el siglo I aC cuando apunta, "Tú no indagues-vedado está saberlo-qué fin a mí o a ti, Leucónoe, los dioses quieran darnos, ni sondees los números babilonios. ¡Vale más aceptar aquello que ha de ser.!" (Hor, *Od*, I, XI, 1-3).

En Lucano, esa posibilidad de futuro se encuentra en los esfuerzos personales. Sexto, teme no ganar el conflicto, pretende saber de antemano, los resultados de la guerra para de esa forma medir su sacrificio. Y este es otro aspecto, por diverso que parezca, que lo acerca al mundo de Dante. En el cristianismo el hombre se salva o se condena según sus acciones. La posibilidad de enmendar las malas conductas existen casi hasta el momento de la muerte y el trasmundo es un reflejo de esos comportamientos. En definitiva, el mundo medieval que Dante sintetiza en su obra, pone al hombre como centro de su destino; las posibilidades de salvarse o perderse dependen de él y de nadie más.

Las raíces filosóficas del autor de *Farsalia* no hacen otra cosa que allanar el camino que luego consolida el cristianismo. El estoicismo romano viene a ser una continuidad casi perfecta entre los planteos realizados por los antiguos fundadores de la ciudad y los preceptos sobre los cuales se va a edificar el cristianismo. El Estado romano exige los sacrificios de sus ciudadanos

para el engrandecimiento del colectivo;el cristianismo alienta al individuo al sacrificio personal, tanto para su salvación individual como de su comunidad,”Lo que verdaderamente se exige del hombre,es que beneficie a los hombres:si puede a muchos; si puede menos a pocos;si puede menos aún,a los prójimos; si menos todavía a sí mismo”. (Mondolfo, 2003; p 210), es uno de los principios estoicos.

Nada en la vida se consigue sin sacrificio y mucho menos ganar una guerra de la trascendencia que Lucano le adjudica al conflicto entre Pompeyo y César, si no se está dispuesto a dar lo mejor de uno, “...un temor moderado mantiene el control sobre los espíritus,pero,cuando es constante, intenso y apunta a medidas extremas,provoca la audacia de los que están sojuzgados y los convence de que hay que intentarlo todo.”,establece Séneca en “Sobre la clemencia” (Sen,Sob Clem,I,12,5) y estas palabras están en perfecta consonancia con lo que plantea su sobrino en la obra estudiada.

Sexto es un personaje que no está a la altura de los ideales estoicos que son los únicos que pueden salvar al individuo y al colectivo. No es capaz de mantener la disciplina ni militar,ni moral para ganar el conflicto y por eso aparece en una situación de traición. Apunta el mismo Séneca en otra parte de su tratado, “...Se mantendrá fuera de peligro este pueblo mientras sepa tascar el freno; si alguna vez llega a romperlo,(...) esta cohesión del mayor poder existente saltará hecha añicos,y el fin del dominio de esta ciudad coincidirá con el fin de su obediencia.”(Sen, Sob Clem, I, 4,2).Y para colmo de males su actitud de rebeldía no le permitirá conseguir lo que busca.Al final de la intervención del cadáver, escogido por la maga para revelar el futuro, sentencia “Tú no trates de conocer tu destino:las parcas te lo revelarán aunque yo te lo calle; profeta más seguro, tu mismo padre, Pompeyo, te lo vaticinará en los campos de Sicilia. Tampoco él sabrá con certeza a donde te llamará, de dónde te alejará, qué regiones y qué partes del mundo te ordenará evitar.” (Luca, Fars, VI, 810-814) .Sexto es la viva imagen del egoísta derrotado por su propia incapacidad de sacrificarse por los demás y el candidato perfecto a la condena eterna tanto en la poética de Lucano como en la de Dante.

Volviendo a la noción de trasmundo en Lucano, ya habíamos apuntado que el mismo se consolida en el mundo terrestre y que las actividades de Ericto, la maga, es la que nos acerca a ese trasmundo. Pero lo que no habíamos marcado todavía es la fina elaboración literaria empleada. Estamos en presencia de una verdadera gestación de un clima maléfico a través de una estupenda descripción de ambiente y personaje, que logran amalgamar perfectamente para generar ese clima de maldad insana.

La narración de este episodio está a la misma altura que el resto de la obra. Las descripciones son vívidas y logran atrapar al lector en la sucesión de acontecimientos que plantean. También este es un aspecto que acerca las poéticas de Lucano y Dante. Ambos autores describen sus mundos poéticos con una solvencia y precisión que sirve como apoyo de todo el discurso poético. Y de igual manera el personaje que desencadena esa descripción aparece identificado con ella.

La maldad de Ericto no sólo está en su descripción “...Una horrible delgadez se extiende por el rostro de la sacrílega; su cara terrible, desconocida del cielo sereno, está marcada con la palidez Estigia y sombreada por los cabellos en desorden (...) Se viste con un abigarrado atuendo y su manto variopinto semeja el de las furias; deja su rostro al descubierto echando hacia atrás sus cabellos y ciñe su desalineada cabellera con una guirnalda de víboras.” (Luca, Fars, VI, 515, ss.), sino en su manera de desplazarse y dejar constancia de su condición, “abajándose, se hunde en un abismo; una sombría foresta que inclina sobre ella sus ramas la rodea y el tejo, impenetrable a Febo y que por ningún punto levanta su cabellera para mirar al cielo, la cubre con su sombra. En el interior débiles tinieblas y el moho amarillento que engendra una noche eterna en el húmedo antro, jamás se iluminan si no es mediante el encantamiento.” (Luca, Far, VI, 641-649). El espacio donde se desarrollarán los conjuros resultan insufribles y contribuyen a la formación del clima de maldad y rechazo.

Lo que termina de darle el punto clímax a la narración, es el medio mediante el cual se intentará conocer ese futuro. Se elige “...un alma que acaba de huir de la luz y descender; todavía está detenida en la primera hendidura del pálido Orco y aunque escuche el encantamiento de estas hierbas, una sola vez verá a los manes.” (Luca, Far, VI, 712-715), alguien que acaba de morir en la cruenta batalla para servir de nexo entre ambos mundos.

Por lo tanto el contacto con el trasmundo es mediante una vuelta a la vida de un muerto. Otra forma que contradice el contacto tradicional entre ambos mundos.

Dentro de la literatura latina, encontramos el paradigma fundamental de Virgilio que, en “La Eneida”, Libro VI, narra el descenso del protagonista al Orco para reencontrarse con su padre y conocer la futura grandeza de Roma. El futuro siempre se pudo conocer a través del trasmundo, pero exigía el esfuerzo de un mortal que se arriesgara por ese reino desconocido y peligroso. Las artes de Ericto trastocan una vez más el universo religioso y literario y hacen que un muerto reviva momentáneamente para satisfacer ese deseo.

Este fenómeno también es descripto con un detalle que acrecienta el rechazo, “Al punto la

sangre coagulada se recalentó ,reconfortó las negras heridas y corrió por las venas hasta las extremidades de los miembros. Las fibras sacudidas trepidan bajo el gélido pecho y una nueva vida infiltrándose por las médulas desacostumbradas,se mezcla con la muerte. Entonces todos los músculos palpitan y los nervios se extienden,y el cadáver no se levanta del suelo poco a poco y miembro por miembro, sino que fue rechazado por la tierra y se irguió súbitamente.”(Luca, Far, VI, 752-757). Se remarca aún más su condición de instrumento cuando el narrador destaca, “... ningún murmullo resuena en su boca; la voz y la lengua le son concedidas solamente para responder” (Luca, Fars, VI, 759-761).

La maga le promete quemar sus miembros en una pira y volverlo inmune a los hechizos de cualquier otro mago para que nunca su sueño eterno sea profanado otra vez y también agrega un encantamiento para que la sombra sepa cuanto se le pregunta.A esta altura, el dominio de Ericto es total sobre su víctima, y la misma no puede hacer otra cosa que cumplir su voluntad.

Al igual que el encuentro de Eneas con su padre y el diálogo que mantendrá el protagonista de “La Divina Comedia”, con muchos personajes en el Infierno, el combatiente comienza por revelar el pasado de Roma y sus glorias más ilustres, pero con el porvenir es bastante reticente. Aclara que las luchas de los jefes es tan sólo por un funeral y alienta a Sixto a “...morir y orgullosos de vuestro gran espíritu descendid de las piras, aunque sean humildes,y pisotead los manes de dioses romanos” (Luca,Far,VI,806-808);es decir que le reclamó un poco del antiguo heroísmo de sus ancestros.

Luego de conocer estos acontecimientos, poco más puede saberse.Ya hemos visto cómo se le niega el propio futuro que fue el motivo de la consulta y la maga se dispone a cumplir lo prometido para luego acompañar a Sixto de vuelta al campamento. La escena se desarrolla en una calma que parece acompañar lo extraordinario de la experiencia. La noche se extiende más de lo acostumbrado y ambos personajes llegan sin sobresaltos a su destino.

Este pequeño episodio sorprende por su ubicación en el relato y por las referencias que pueden establecerse con textos contemporáneos a Lucano pero,preferentemente con el diálogo que podemos establecer con “La Divina Comedia”.Su solidez narrativa y la admirable pintura de los personajes que lo componen pudieron,quizás,ayudar al autor florentino a darle forma a su poema. Siempre se ha destacado la importancia fundamental de Virgilio en Dante, no vamos a negar algo que es más que evidente. Pero no es frecuente reconocer la importancia de Lucano, no ya solamente referido a “Divina Comedia”, si no al desarrollo de la literatura occidental.

Christopher Marlowe, uno de los exponentes más oscuros e interesantes del teatro inglés

entre los siglos XVI y XVII, comenzó su carrera literaria, luego de diplomado en Cambridge, con una traducción de libro primero de Farsalia, otra de “Amores” de Ovidio y una primera obra dramática que le franqueó la escena londinense de aquellos años. Sir Thomas Browne, reconocido ensayista del mismo período, finaliza uno de sus trabajos, titulado “Hydrotaphia: el enterramiento en urnas, o breve disertación sobre las urnas sepulcrales halladas recientemente en Norfolk” con la siguiente cita de Farsalia, Libro VII, versos 809-810, “...poco importa que destruya los cadáveres la putrefacción o la hoguera”. En la literatura española es posible rastrear la influencia de Lucano en autores del Siglo de oro como Góngora, Cervantes y Quevedo.

Para finalizar y dentro de las letras francesas, se destaca la figura de Montaigne, quien en un ensayo titulado “Catón el joven”, compara a Ovidio, Lucano y Virgilio con “una fluidez alegre e ingeniosa; después una sutileza aguda y elevada; finalmente, una fuerza madura y constante.” (Montaigne, 2007; p 316). Tres de los más importantes poetas que Dante coloca en ese círculo privilegiado del Canto IV, vuelven a mencionarse en este escritor dotado de sutilezas de estilo y armoniosa prosa que, desde nuestro punto de vista, constituye una prueba más del diálogo del mundo y el trasmundo y de la cultura latina con las letras modernas.

Bibliografía

Alighieri Dante, *Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1980.

Browne Thomas, *La religión de un médico*, El enterramiento en urnas, ed Reino de Redonda, Barcelona, 2012.

De Sanctis Francisco, *Las grandes figuras poéticas de La Divina Comedia*, Emecé, Buenos Aires, 1945.

Gil Luis, *Censura en el mundo antiguo*, Alianza, Madrid, 1985.

Horacio, *Odas*, Losada, Buenos Aires, 2005.

Lucano, *Farsalia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1974.

Mondolfo Rodolfo, *El pensamiento antiguo* (T II), Losada, Buenos Aires, 2003.

Montaigne Michael, *Los ensayos*, Acantilado, Barcelona, 2007.

Séneca Lucio Anneo, *Sobre la clemencia*, Tecnos, Madrid, 2007.